

de acuerdo con el Sr. obispo D. Manuel Fernández de Córdoba, ordenó que fuesen al santuario los Padres Franciscanos *de Propaganda fide*. Dos veces más alternaron los frailes y los curas seglares en regir la parroquia. Desde el año 1903 están en el santuario los religiosos menores de San Francisco, y han establecido casa de estudios y noviciado, que cuenta ahora con más de veinte jóvenes. Han erigido escuela primaria, donde reciben educación cristiana los niños de la ciudad, y pronto quedará fundado un beaterio de señoras bajo la regla y estatutos de la tercera orden de San Francisco. Para esto se aprovechará la casa llamada *Beaterio*, donde por espacio de dos siglos vivieron unas virtuosas religiosas agustinas que se consagraban á cuidar de la ropa de la iglesia, á la instrucción de las pobres indias que debían desposarse, y al culto de su capilla particular dedicada á la Inmaculada Concepción.

Contiguo al lado sur del santuario se levanta el convento, siendo digno de notarse que cada una de sus caras mira perfectamente á los cuatro puntos cardinales del globo. Tiene numerosas celdas, bibliotecas y todas las oficinas necesarias á una comunidad.

Existen además dos hospederías bastante capaces, con habitaciones para los romeros que van á practicar novenarios; la una es para los indígenas y la otra para los de raza blanca.

Es digno de notarse el espacioso cementerio que se extiende entre la iglesia y la plaza. Forma un cuadro de 83,60 metros por lado, adornado con antiquísimos colles ó acebuches del país, de perpetuo verdor. En las esquinas se alzan cuatro capillas con sus cupulitas, que antes servían para las procesiones de renovación mensual. Pero como principal adorno, descuella la cúpula de las tres cruces, obra sorprendente por su solidez y por la suntuosidad de las cruces que cobija, las cuales

son de granito. La mayor, de una sola pieza, mide más de cinco metros de alto, sin el pedestal.

El piadoso romero que visita á Nuestra Señora de Copacabana, aun ahora que ha decaído su culto, experimenta dulcísimas y saludables emociones. He aquí lo que dice el eximio hombre público y literato chileno Sr. Walker Martínez, que visitó el santuario por los años de 1877: «encontrarse en algunas de las fiestas que en ese santuario se celebran, oír esos cánticos sagrados en idioma aimará, alzados al cielo por una multitud confusa de indios y españoles, venida allí desde tan lejanas provincias; sentir los ecos armoniosos de esas salves, que se han hecho famosas en todo el alto Perú; y todo esto confundido con el gemido del viento entre las ásperas y altísimas rocas que rodean, como una fortaleza, el pueblo, y con el rumor de las olas del lago, que besan los pies del santuario y que parecen alargar con estudio sus gemidos profundos al desmayarse en la playa, es escena digna de verse y de sentirse, porque en ella todo es completamente original, todo absolutamente distinto de lo que hemos visto y sentido en nuestras fiestas religiosas, en nuestras iglesias y en nuestros viajes» (1).

## V

## PRODIGIOS

Las gracias concedidas por la Virgen de Copacabana desde que fué colocada en su santuario son tan grandes, que asombran y encantan aun al alma más fría, y tan numerosas que podemos decir superan á las estrellas del cielo. Enfermos de todas clases se salvaron de muer-

(1) Walker Martínez Carlos, obra citada.

te segura con sólo invocar su nombre; mineros enterrados vivos por el derrumbe instantáneo de los terraplenes fueron sostenidos de modo admirable y pudieron abrirse salida y volver á contemplar la luz del día; pecadores obstinados hallaron el arrepentimiento visitando el bendito santuario. Como pequeña muestra no más de las bondades de María voy á citar tres ó cuatro hechos que relatan los cronistas y que están pintados en los muros del templo para perpetuar su memoria y la gratitud de los favorecidos.

Moraba en Chuquisaca (antes se llamaba la Plata y hoy Sucre, capital de Bolivia), un abogado famoso, llamado D. Diego, que no vivía con la honestidad prescrita por el Señor en el sexto precepto del decálogo. Mas la Providencia, que muchas veces se vale de los mismos objetos pecaminosos para castigar al delincuente, permitió que, traicionado ó desengañado por el ídolo de su pasión, se desesperase de celos y le pareciese sufrir los tormentos del infierno. Comunicó sus cuitas á un amigo que creía bueno y era de índole perversa, un verdadero emisario de Lucifer; pues en vez de aconsejarle que se volviese á Dios, le sugirió que buscase otro amor criminal, que le obligaría á olvidar el primero. Como la pasión es ciega, el desatentado abogado se resolvió á practicar tan diabólico consejo. Mas he aquí que al pisar el umbral de una casa que no le convenía, lo detiene un niño impertinente. ¡Impertinencia feliz que le deparó la clemencia de María! Era un pintorcito que vendía cajitas de madera, como se acostumbra en el santuario de Copacabana, con imágenes de medio relieve, bastante parecidas al original. Abrió, pues, el pintor un cajoncito de los que llevaba; y presentándosele de improviso al caballero, que venía con bien diversos pensamientos: «señor, le dijo, cómprese usted esta Madre de Copacabana para su señora: véala usted cuán

linda es; barata se la he de dar, pero ella le ha de hacer á usted mil favores en el cuerpo y en el alma; pues es muy milagrosa. Ya habrá oído usted hablar de sus portentos. Pero si viera usted cómo lloran de gusto los que van á visitarla. Muchos enfermos van á su casa y todos»....

Seguía el pintor su retahila, de la cual sólo oyó el doctor las primeras palabras; porque ver el retrato de María, darle un vuelco el corazón, quedársele el alma arrebatada y arrasados los ojos en lágrimas, fué todo uno y cosa tan súbita como la caída de Saulo cerca de Damasco. No hizo más que tomar al pintor lo que le dió, cerrar el cajoncito, aplicarlo á su palpitante pecho y regresar á su casa sin decir una palabra. Al llegar á ella, desahogó su corazón por la boca y los ojos; se arrojó á los pies de María y derritió su alma en tales sentimientos de dolor por sus culpas y de amor á la Señora, que juró ser su eterno esclavo y servirla y amarla para siempre con todas sus potencias y sentidos. Parecía que deliraba, y deliraba en efecto con aquel delirio inefable que le hizo exclamar al más grande y al más sublime de los convertidos: *Domine, quid me vis facere?*

Su conversión fué ejemplar y edificante; y para poner un muro de eterna separación entre sí y el mundo, y para conservar mejor á María su fidelidad amorosa, fué de Chuquisaca, dejando conveniencias y honores, dejándolo todo; pasó por Copacabana para agradecer á María el milagro de haber dado vista, vida y gracia á su alma; le ratificó sus promesas á los pies de su santa imagen, y pasó á Arequipa á tomar la librea de sus custodios, el hábito de San Agustín, á quien tanto se parecía en los extravíos y en la conversión.

Todo el tiempo de su vida fué un modelo de virtud, de penitencia y de amor á María, pidiéndole sin cesar la gracia de morir el día de su Purificación: gracia que le

concedió piadosa la Madre divina que le convirtió y cautivó con la primera mirada.

Salieron de Burdeos para la Paz 22 Padres misioneros Franciscanos, por Marzo de 1853; mas, apenas estuvieron en el golfo de Vizcaya, se vieron combatidos por recios vientos que contrariaban la marcha y abatían su ánimo con las embravecidas olas. Sus plegarias se elevaban al Señor y á su Santísima Madre, bajo la advocación de Copacabana, cuya estampa habían puesto en la cámara, para que fuese la capitana de su peligrosa navegación. El día del glorioso Esposo de la Virgen calmó aquella primera tormenta; pero se siguieron otras de mayor peligro. Por la latitud de Buenos Aires estarían el 1 de Mayo, cuando un violento y repentino huracán, que apenas dió un instante para amainar algunas velas, enfureció el Atlántico de tal manera, que hacía pasar las olas por sobre el buque y oscureció el horizonte con una especie de vapor nebuloso, como si el hirviente Océano quisiera tragárselo; como parece que sumergió una fragata inglesa que en aquel momento iba con todo su velamen desplegado, y que no pareció ya más. Corría igual peligro la fragata Arequipa, donde iban los Padres; pero los clamores de su oración pronunciada á los pies del cuadro de Nuestra Señora de Copacabana obtuvieron la bonanza, sin más pérdida que dos ó tres velas menores, que no dió tiempo para recogerlas el furor del huracán que se las llevó.

Empero, mayor riesgo les esperaba todavía en el con razón temido cabo de Hornos. Ya casi estaban á punto de doblarlo, cuando los vientos se desencadenaron furiosamente, combatiendo día y noche la crugiente nave, que ya no podía regirse; se amarró el timón, y sólo se dejó media velita á la capa para equilibrar el balance, que tampoco podía conservarse, porque los golpes de mar y las olas desplomadas sobre el puente eran ince-

santes y violentas. El bramido de los vientos aumentaba el terror; el frío, la oscura niebla, la lluvia helada y penetrante, no dejaban maniobrar á los transidos marineros; el peligro se aumentaba por instantes y todo anunciaba próxima catástrofe. En efecto, después de varios días de angustias aterradoras, el 1 de Junio, un monte de agua asaltó con tal furor la proa del buque, que desplomándose sobre el palo de bauprés, lo arrancó de raíz; éste en su caída arrastró el palo de proa y parte del palo mayor, cayendo los tres con tal fracaso y estruendo, que pareció habían hecho pedazos el puente y abierto el casco de la Arequipa; y, como ésta cedía á tan enorme peso y las furiosas oleadas la sumergían de lado, creyeron llegada su última hora. Y mientras el capitán, la tripulación y algunos religiosos cortaban maromas y cadenas y arrojaban los desplomados palos al mar, los otros, en tan supremo peligro, redoblaban sus gemidos á la Virgen de Copacabana, única áncora de esperanza en aquella latitud y fatal situación. Y ciertamente, que si no hubiera sido por la valiosa protección de la Virgen, hubiesen dado al través sin remedio; porque, mientras el buque continuó ladeado, obedeciendo al peso de los palos caídos, y toda la gente útil se ocupó en la peligrosa maniobra de arrojarlos al mar, un sólo golpe de ola habría bastado para volcarlo y sumergirlo en el profundo abismo: este golpe funesto fué el que impidió la mano de María. Luego, empezó á calmar la agitación horripsona de las olas y el bramido de los vientos, que se tornaron bonancibles; y la vispera de San Buenaventura llegaron con su nave desarbolada y ruinosa al puerto de Valparaíso, donde dieron gracias á Dios con una misa solemne y comunión general, para repetírselos más tarde en el santuario de Copacabana, al llegar al término de su prolongado y averiado viaje.

No menos admirable es el suceso de Fray Isidoro

Gelis, religioso franciscano, uno de los que el año 1843 estuvieron en el santuario. Había ido á Sorata en busca de plantas y semillas para la huerta del convento; y al regresar, no pudiendo llegar á Tiquina, como pensaba, tuvo que quedarse en Combi. Asomóse á un rancho (1) cerca de la capilla, donde sólo encontró á un muchacho, á quien preguntó por sus padres y si podría alojarse allí aquella noche. Entendió el religioso que los padres del niño llegarían luego de Achacache y que él bien podía quedarse. Con este presupuesto le dijo que le proporcionase cebada para su caballito, y sacó su yesquero para hacer fuego. Sea que el ruido del eslabón ó la llegada de este huésped al anochecer asustase al muchacho, lo cierto es que él, en vez de alcanzar la cebada pedida, se escapó á llamar á la indiada, diciéndoles que el *Caricari* ó el matador había llegado á casa. Como en los ranchos de aquella finca se había desarrollado una especie de fiebre que hizo algunas víctimas, ellos en su ignorancia las creyeron sacrificadas por el *Caricari*; así es que al grito del muchacho, corrieron todos con palos y las mujeres con piedras.

Lejos estaba el pobre fraile de esperar semejante asalto, cuando al oírlos venir en alarma, les gritó que, qué querían. La contestación fué palos y pedradas con gritos frenéticos de ¡muera el *Caricari*! Semejante gritería no les permitía oír lo que él les decía para calmarlos; y no sólo le iban hiriendo por la cabeza y el cuerpo, sino que le arrancaron el poncho (2) y el hábito, buscando los cuchillos ó puñales con que creían iba armado el religioso para matar y sacar la manteca de los muertos. ¡Funesta preocupación, que causó algunos asesina-

(1) Rancho es habitación de tapias ó adobes con techo de *totosa*, planta acuática de la América del Sur.

(2) Manta ó capa de monte que se usa en los campos de la América del Sur.

tos! Nada le encontraron; y sin embargo, insistían en que los tendría ocultos, que siempre era *Caricari*, y que se hincase, porque lo iban á matar. Él les daba mil satisfacciones; pero, como no le entendían, ni querían atenderle, pues la saña los cegaba, continuaban los golpes y los gritos, llevándole hacia un hoyo cerca del camino para acabarlo y sepultarlo allí. Viéndose ya el religioso desnudo, rendido, ensangrentado y sin poderse defender de aquellas fieras, se hincó para morir, como ellos querían; pero se acordó de la Virgen y exclamó: «¡Madre de Copacabana! ¿qué os he hecho para que me permitáis esta desgracia? No me desamparéis; asistidme en mi muerte».

Mientras invocaba á la Virgen y rezaba su acto de contrición, llegó á los gritos el mayordomo de la finca, y abriéndose paso por entre el tumulto, quiso reconocer al *Caricari*, quizá para ayudar á matarlo; mas para el infeliz religioso fué como un ángel custodio que le mandaba María; porque al oírle y al verlo, le reconoció luego, y les dijo con enojo:—«Quitaos de aquí! éste no es *Caricari*, sino Fray Isidro de Copacabana, á quien yo conozco y vosotros lo habéis muerto».... Estaba, en efecto, tan maltratado y desfallecido, que parecía iba á espirar. Los más frenéticos se retiraron, y algunos ayudaron al mayordomo á levantar y llevar á la choza al herido agonizante, donde le abandonaron, temiendo quizás el castigo del asesinato, que ellos creyeron consumado, pero que la Virgen impidió. Pues, á pesar de varias contusiones en el cuerpo, del desangre por las heridas de la espalda, de la cabeza y de la frente, cuyas cicatrices conservó hasta el sepulcro, á pesar de la fiebre y del enajenamiento que se apoderó de él, se marchó á Tiquina al amanecer; pero maquinalmente, sin más guía que la divina conductora de los cristianos. Allí apenas lo pudieron conocer; tan desfigu-

rado estaba con la sangre ennegrecida y seca del semblante. Lo curaron con esmero; luego se cortó la fiebre, recobró el habla y la razón, y se vino á Copacabana á dar gracias á la Virgen por el socorro oportuno que le había prestado y su pronto restablecimiento.

Como prueba del atractivo que ejerce sobre los corazones la portentosa imagen, citaremos este ejemplo acaecido á mediados del siglo XIX. Llegó á Copacabana un joven belga, protestante, disoluto, incrédulo y bastante burlón de las creencias católicas. Con estas cualidades de moda, empezó á mofarse de las maravillas y de la majestad imponente de la santa imagen, que le referían los devotos con quienes iba al pueblo. Decía que todo eso eran cuentos y gazmoñerías de fanáticos; que él estaba acostumbrado á oír grandes portentos y á ver imponentes imágenes en Europa, que nada lo habían movido y que todo le había merecido desprecio. Escandalizados y compadecidos al mismo tiempo quedaron los compañeros de tanta desfachatez, y se callaron. Llegados á Copacabana, fueron á saludar á la Virgen, como se acostumbra. El belga fué también, más por reírse de la estatua y de los devotos de María Santísima, que por otra cosa; así es que, mientras los demás iban subiendo al camarín sollozando, él subía sonriéndose. Pero cuando se descubrió la venerable imagen, cuando sintió llorar á los circunstantes, cuando oyó los tiernos versos de la llegada, se hincó de rodillas maquinalmente y sintióse conmovido. Tornó á fijar su vista en el rostro de la Virgen, y la Virgen le venció. No pudo disimular ni resistir más; casi se desmayó, hasta que rompió en llanto, y se convirtió. Luego que se serenó algún tanto, le sacaron del camarín, le preguntaron qué le había sucedido; y contestó que no lo podía explicar, pero que la Virgen le había atravesado el alma, y que quería ser católico. Se le catequizó; y cuando estuvo

instruido, fué bautizado solemnemente en la catedral de la Paz. Así sabe favorecer esta santa imagen aun á sus atrevidos irrisores.

**Autoridades.**—*Historia de Copacabana y de la milagrosa imagen de su Virgen*, escrita por el R. P. Alonso Ramos y compendiada por el P. Fray Rafael Sanz; 3.<sup>a</sup> edición hecha en 1886 en la Paz, imprenta de la Unión católica. La obra del P. Ramos ha servido de base á casi todos los historiadores.—En la Biblioteca del Museo Nacional de Méjico he podido hojear un libro latino impreso en Roma el año 1656, en cuya portada se lee así: *Marraccius Hippolytus, De Diva Virgine Copacabana in Peruviano Novi Mundi Regno celeberrima.*—La Fuente, *Historia de la Madre de Dios*, T. 2.<sup>o</sup>.—Además el R. P. Fernando María de Sanginés, actual superior de los Hermanos menores en Copacabana, me envió preciosos datos y fotografía de la imagen.

instituido, fue bautizada solemnemente en la catedral de la Paz. Así sabe favorecer esta santa imagen con á sus atributos irrisores.

— *Historia de Copacabana* y de su milagrosa imagen de su Virgen, escrita por el R. P. Alonso Ramos y correspondida por el P. Fray Rafael Sana; 8.<sup>a</sup> edición hecha en 1885 en la Paz, imprenta de la Unión católica. En obra de P. Ramos ha servido de base á casi todos los historizadores.

— En la Biblioteca del Museo Nacional de México se publicó en 1885 un libro latino impreso en Roma el año 1885, en cuya portada se lee así: *Monasterium Hippolyti de Dico Fregio*. Copacabana in Peruvia non aliud Regno celebratim.

La fuente, *Historia de la Madre de Dios*, T. 2.<sup>o</sup> — Ademas el R. P. Fernando Maria de Sanguin, actual superior de los Hermanos menores en Copacabana, me envió preciosos datos y fotografías de la imagen.

— En el mismo orden de investigaciones y correspondencias se han y se han de hacer algunas copias de los datos que se refieren á la imagen de la Virgen de Copacabana, á fin de reunir á un solo punto, y en un solo lugar, los datos que se refieren á esta santa imagen, y de esta manera se podrá tener una idea exacta de su historia y de su milagro.

— En el orden de investigaciones y correspondencias se han y se han de hacer algunas copias de los datos que se refieren á la imagen de la Virgen de Copacabana, á fin de reunir á un solo punto, y en un solo lugar, los datos que se refieren á esta santa imagen, y de esta manera se podrá tener una idea exacta de su historia y de su milagro.

[The right page of the book is mostly blank, with some faint, illegible markings and a small, dark smudge near the center.]